

Tribuna abierta

Verde chillón

POR Koldo Mediavilla



Se observa en el enfangado escenario de la política española un interés creciente del PP y de Vox por vincular su estrategia de acoso al ejecutivo estatal con la apropiación de la imagen del rey y su supuesta defensa pública. Y salvo que Felipe IV coincida con ese sentir expresado por los partidos de derechas, la Casa Real debería evitarlo e impedir que le utilicen contra otros

CREO recordar que fue Luis María Anson quien, en una entrevista publicada hace una partida de años, se reivindicó como militante monárquico. El hoy octogenario escritor conservador español justificó su activismo llevándolo a los años del régimen franquista en los que la adhesión a la causa borbónica la expresaba sutilmente a través de su indumentaria. Anson reveló en aquella entrevista que su incondicional apoyo a "don Juan" (padre del "emérito") se expresaba sibilinaamente en la vestimenta que habitualmente portaba. ¿Qué tenían de especial aquellos ropajes? Simplemente, el color. Eran trajes verdes. Horribles, sí; pero verdes. ¿Por qué verdes? Anson lo explicó; porque dicho color guardaba un mensaje oculto; verde eran las iniciales de la afirmación "Viva El Rey De España". Así que para él, ataviarse como un guardia civil era el gesto subversivo de quien reclamaba la reinstauración borbónica. La verdad es que no veo yo a Anson actuando como un activista clandestino frente a la Brigada Político-social o a los aparatos del régimen. Aquello que él contaba debía ser tan subliminal que ni los franquistas, con los que Anson convivía y hacía buenas migas, lo supieron interpretar. En todo caso, los monárquicos de aquella época debían ser muy pocos y su presencia pública no emergió hasta que "el caudillo" determinó su sucesión. Con el retorno de la monarquía al Estado español de la mano de Franco y su ulterior legitimación constitucional sin testeo ciudadano, los pocos monárquicos que hasta entonces existían y quienes siendo republicanos pactaron el marco de la carta magna, se convirtieron al "juancarlistismo". Durante años, el pacto de la transición y el hecho de que el rey fuese la cabeza visible de las fuerzas armadas, encomendadas por la Constitución para salvaguardar la unidad "indisoluble" de España, permitió una sobreprotección pública de la jefatura del Estado. Sin embargo, la opacidad generalizada construida en torno a La Zarzuela o la artificial imagen creada de un monarca "campechano" y "popular", no consiguieron que calara mayoritariamente entre la gente. Ni tan siquiera cuando el papel de Juan Carlos I fue reconvertido a los ojos del gran público presentándole como "salvador de la democracia" tras el golpe del 23-F.

Con el conocimiento de los desmanes e irregularidades en la familia real, los casos de corrupción y el levantamiento en parte del escudo periodístico que protegía a los moradores de La Zarzuela, la crisis monárquica se ha ido agudizando en los últimos años. La abdicación de Juan Carlos I y su posterior salida del territorio tras los nuevos escándalos conocidos, han llevado a la institución monárquica a un descrédito creciente, sensación que no es nueva en el Estado español en lo que a su representación coronada se refiere.

Si las actitudes irregulares y sospechosas de corrupción minaron la reputación del hoy "emérito", los errores políticos de su heredero llevan camino de profundizar la crisis de una

institución cada vez más contestada.

La Constitución española del 78, que incorporó la monarquía sin consulta popular, reserva al rey exclusivamente el papel de "árbitro" en el funcionamiento de las instituciones del Estado. Rol que, citando menos, el actual monarca vulneró en su pronunciamiento del 3 de octubre de 2017 en relación al *procés* de Catalunya y que ha malinterpretado recientemente al dejar constancia de su malestar ante la decisión del gobierno de Pedro Sánchez de evitar su presencia en un acto protocolario judicial en Barcelona. Ni arbitraje, ni moderación. Felipe VI o sus asesores de la Casa Real no acertaron en ambas ocasiones desequilibrando el perfil de un jefe de Estado que, como la mujer del César, no sólo debería ser neutral en el ámbito político sino también esforzarse en parecerlo.

Los dos errores cometidos hasta ahora llevan camino de ser tres. En los últimos días se observa en el enfangado escenario de la política española un interés creciente por parte de

los partidos de derechas —del PP y de Vox— por vincular su estrategia de acoso al ejecutivo estatal con la apropiación de la imagen del monarca y su supuesta defensa pública. Esta patrimonialización de la jefatura del Estado convierte al rey en un fetiche, identificando su figura con los valores de unidad, españolidad y supuesto orden con los que se presentan públicamente Casado y Abascal. Ese afán de identificación y de apropiación de la institución pretende, de facto, monopolizar la imagen del rey. Solo ellos —PP y Vox— defienden al rey. Solo ellos combaten a quienes pretenden derribarlo. Esta asociación de ideas, de imágenes y de consignas no es nueva. Los retratados en la foto de Colón han utilizado la misma técnica excluyente con la Constitución o con tantos otros elementos comunes. El pasado jueves, el Congreso de los Diputados votaba una moción presentada por los populares de Casado que solicitaba la reprobación del vicepresidente Pablo Iglesias y el cese del ministro Garzón. La petición de cen-



sura se justificaba, según los proponentes, por los ataques a la corona y las "groseras acusaciones" contra el jefe del Estado. El texto de la iniciativa que bien lo pudiera haber escrito, dado su estilo barroco, el Anson que dirigió *ABC*, contenía citas apocalípticas tales como "la tala de las vigas maestras del Estado de Derecho y el asedio a la independencia de las instituciones han sido el pan de cada día de la vida pública española desde la investidura de un presidente del Gobierno que, tras su victoria democrática en las urnas, decidió libérrimamente echarse en brazos de todos los enemigos de la España Constitucional". La moción, que recordaba la retórica del infausto NODO o las arengas de aquel colectivo "Almendros" que editorializaba en *El Alcázar*, buscó una vez más identificar a los "buenos patriotas" —defensores de Felipe VI— frente a los "malos españoles" que "han declarado abiertamente la guerra contra la continuidad histórica de la nación española".

Como cabía esperar, el disparate parlamentario salió derrotado en medio de un debate bronco, hilarante y poco estimulante. Una vez más, perdió Casado y su PP pero, en segunda derivada, la derrota también afectó al jefe del Estado. Y he aquí su tercer error. Salvo que Felipe IV coincidiera con el sentir expresado por el PP, la Casa Real debería haber evitado este ejercicio de confrontación. El propio rey o sus altos funcionarios deberían haber pedido respeto a su institución evitando que unos la utilizaran contra otros. Deberían haber exhortado a Casado a que no utilizara el nombre del rey en vano recordándole que el papel de la Corona es el de representar a todos por igual y no solo a los que le dan "vivas" en público. Pero Zarzuela, nuevamente, calló y dio pábulo a quienes instrumentalizaron su silencio como un apoyo explícito.

Paralelamente, la fundación Libres e Iguales, cuya cabeza visible en este momento es Cayetana Álvarez de Toledo, insertaba en redes sociales un vídeo en el que 183 personajes de la sociedad española se comprometían del lado de la monarquía dando vítores a favor del rey de España en la conmemoración del 12 de octubre, "fiesta nacional". En el documento audiovisual coincidían figuras de la política (Rajoy, Casado, Arrimadas, Abascal, García Page, Corcuera); de la cultura (Boadella, Plácido Domingo, Vargas Llosa), de la comunicación (Jiménez Losantos, Carlos Herrera, Herman Terstch) o personajes como Rivera Ordóñez, Belén Esteban o Joseba Arregi entre otros. Rostros conocidos y comprometidos con una causa común: "Viva el Rey, Viva la Constitución y Viva España". Salvando las distancias, son los *ansones* de nuestro tiempo, los exponentes del nuevo VERDE. Un verde chillón.

No seré yo quien les niegue legitimidad o derecho a sentir o expresar lo que libremente estimen. Las ideas, las creencias, se defienden como expresión genuina del convencimiento de cada cual. No como ariete de confrontación ni con intención agredir a sentimientos ajenos. Sin embargo, en ocasiones, y esta es una de ellas, da la sensación que los vítores y las alehuyas a la monarquía no son sino una instrumentalización política de quienes no admiten ni la diversidad ni la pluralidad de un Estado plural y diverso. De ahí que algunos creamos que tal estrategia, lejos de beneficiar al monarca y al régimen constitucional que le ampara, los debilita notablemente. Desconozco si sus promotores son conscientes del efecto de su estrategia ya que su grito de "Viva el rey" se está convirtiendo, por pura reacción, en un jaque al rey. ●